

The background of the entire page is a vertical gradient from a light blue at the top to a dark blue at the bottom. In the upper right quadrant, there is an abstract graphic consisting of several thin, white, parallel lines that originate from a single point and fan out towards the top right corner, creating a sense of movement and depth.

PRIMOGENITA DE LAS CALLES

Por: [Casandra Mercado](#)

Suspiré, dejando salir amargamente todo el aire de mis pulmones. El agente no paraba de mirarme de arriba a abajo, con una profesional indiferencia. Ahí estaba yo, una destrozada, raquítica y magullada niñata de veinte años a la que la suerte usó, destrozó y tiró como una colilla en una alcantarilla. Apenas salí del hospital me detuvieron casi sobre la marcha. Algo me hacía pensar que iba a estar bastante tiempo allí.

—Alejandra Santiago, ¿verdad? —comenzó a hablar— Cuénteme. ¿Sabe por qué está aquí?

—No sé cuántas veces he oído ya esas preguntas —espeté con desdén— ¿Sabes por qué estás aquí? ¿Sabes lo que has hecho? ¿Con quién ibas? ¿Dónde estabas aquel día?

El policía no supo reaccionar. Se veía de lejos que no era particularmente experimentado. Sonreí con bravuconería y aparte la mirada de él. Estaba harta de oír amenazas vacías día sí y día también. Todo iba a ser como siempre: En un par de horas iba a volver a estar en la calle, no tendrían ninguna prueba por más que yo diga y al día siguiente volveríamos a lo de siempre.

Apenas giré la cabeza, sacó un dossier y lo abrió sobre la mesa. Me sorprendí. Parecía como si tuviera todo preparado. Como si fuera una trampa, comenzó a poner fotos poco a poco sobre el tablero, mostrándomelas lentamente. Imágenes de sitios que yo conocía bien. Imágenes de gente que eran mucho más que conocidos para mí. Apenas pude contener mi sorpresa, aunque evité que él se percatara.

—¿Quieres que hablemos? —dije con desdén— Tráeme tabaco, una botella de vodka y un mechero—. Él quería saber, y vaya si iba a saber.

El policía transmitió mi petición a sus superiores sin añadir nada más. La ley en vigor prohibía todo lo que pedí, pero les dio igual. Sabía que nos esperaban unas largas horas de historia y revelaciones.

Capítulo 1: Una niña en un mundo adulto

Encendí el cigarro con toda la calma que me permitían la situación. El agente Alberto, o así le había llamado una becaria, me miraba con tranquilidad, dándome mi tiempo para empezar a hablar. Exhalé el humo. La luz tenue de esa habitación lo dejaba revolotear de un lado a otro, reflejando luces y sombras en las paredes. Alberto me sacó de mi éxtasis contemplativo.

–Cuando quiera, Alejandra. Hábleme de usted, ¿Cómo acabó metida en ese mundo?

Le miré extrañada.

–Como os gusta regodearos ¿Eh? –comenté– Sabéis más de mí que yo misma, pero bueno, vamos allá

Volví a suspirar y me dispuse a empezar. Yo sabía que la pregunta no trataba sobre mi realmente, aun así, merecía la pena hacerle perder el tiempo en lo que buscaban vodka y hielo a estas horas.

–Soy Alejandra Santiago Castillo y tengo veinte años. Estoy desempleada. Me independicé con catorce años y vivo sola –intenté hacerme la tonta todo lo que pude, aunque yo sabía que no iba a tardar en mostrar que quería saber de verdad.

–Bien, Alejandra, ahora cuénteme todo sobre Noel Kazakiev

Aunque se le veía bastante nuevo, no titubeaba demasiado. En el momento no me di cuenta, pero él no tenía la menor idea de a quien le estaba hablando.

–No sé de quién me hablas –dije apartando la mirada a un lado.

–Tengo pruebas más que de sobra para encarcelarla –dijo sacando un pequeño archivador lleno de papeles– Si no colabora no la voy a poder ayudar, señorita, ¿Entiende la gravedad de esto?

“Señorita”. Ni recuerdo la última vez que me llamaron algo semejante. Supongo que me acostumbré a la vida en los bajos fondos, donde la cortesía simplemente es un mero trámite.

–Bien, bien, tío duro –comenté con voz sarcástica– Tu ganas.

Vi cómo se sorprendía y arrugaba la frente entera. Creo firmemente que nunca ha tratado con alguien como yo. No tengo ningún miedo ni a él ni a lo que representa, y creo que eso para él, es impensable. No le di tiempo para recomponerse cuando comencé a hablar.

–Conocí a Nox hace seis años. Recuerdo bastante bien mi primer día

–Supongo que Nox es Noel Kazakiev, líder de la organización criminal “El Zorro”, ¿Me equivoco? –inquirió apuntando profesionalmente en su libreta.

El policía puso encima de la mesa una foto. Era él. Tenía la cara llena de heridas, apenas curadas. Marcas de golpes y algún que otro corte. Sabía que al viejo no lo iban a pillar sin luchar. Siempre fue muy cabezón, desde el mismo día que lo conocí, hasta el día que le toque irse del mundo.

–Que pedante suena si lo dices así. Pero si, es él. –dije con desgana. La situación me estaba revolviendo las entrañas. En ese momento llegué a preocuparme de verdad.

El día que le conocí comenzó cuando salí a fumar con unos amigos. Estábamos estudiando en una academia de refuerzo y, como era costumbre, desaparecíamos de las clases siempre que podíamos. Mientras estábamos saliendo de la academia se nos unió un colega, de esos que no te recuerdas, pero sabes perfectamente que os habéis visto mutuamente vomitando en alguna esquina.

–¡Eh, Alex! ¿Qué tal, tía? – Aquel muchacho, Raiv, era todo bondad, eso sí que lo recuerdo. Educado, modosito, pero de mi carácter. Parecía que no había roto un plato, cuando ya se había cargado la vajilla entera. Creo que de hecho me lo acabé follando.

Alberto creo que no se terminaba de esperar mi comentario.

–Alejandra, por favor, cíñase a lo importante. –murmuró. Su seriedad se tambaleó, y me gustó. –¿Qué más ocurrió?

Seguí rememorando aquel día. La verdad, es que si por la mañana me hubieran dicho como iba a acabar el día... Hubiera preguntado que había fumado que le había subido tanto.

–¿Lista para el gran día, Alex? –comentó el Raiv.

Ese día me habían prometido una entrevista de “trabajo”. Dinero con tante y sonante. Fácil, lucrativo. Me podía pagar las fiestas todos los días sin tener que robarle del bolso a mamá, y eso era maravilloso ¿Qué más podía pedir?

Cuando llegó el momento de la reunión, la verdad es que no sabía que encontrar. Me esperaba el típico camello como Jhony. Un tío de unos veinte, con una riñonera al hombro llena de chivatos, un chándal de un equipo de primera división y una gorra que tapara unas mechas rubias. Pero no, en su lugar había un hombre de Europa del Este, bien vestido y con un aire a su alrededor de calma tensa. Ese tipo de persona que te hace querer lamerle los zapatos y caerle bien.

De chica bravucona pasé a niña sumisa. Ese hombre entendía muy bien el concepto de presencia intimidante. Durante la reunión me habló de amigos suyos, amigos muy importantes y ricos que querían contar con ciertas mercancías. El trabajo era simple: Llevar paquetes del punto A al punto B. El dinero iba en función de lo lejos que fuera. Desde doscientos a seiscientos euros por un solo paseo.

El hombre, afable, aunque serio, clavó su mirada en mí. Era una mirada analítica e inteligente, y la inteligencia es un don muy peligroso en este mundillo.

—¿Quieres saber más, muchacha? —preguntó.

Me faltó tiempo para negar con la cabeza.

—Ya sé el precio y ya sé el trabajo. Sólo me falta saber cuándo empezaría —dije con la voz algo cortada. Intenté mostrarme segura de mí misma, aunque sé perfectamente que fracasé.

Noél se reclinó lentamente en el asiento, clavando más aún sus ojos en los míos. No sé qué buscaba en mi mirada, pero yo sabía perfectamente que lo iba a encontrar.

—Y... ¿No te da curiosidad saber que llevas? —inquirió en tono sosegado.

Volví a negar la cabeza a la velocidad del rayo.

—Tengo una norma con eso: “Cuanto menos sepas, mejor dormirás” —carcajeé.

Silencio sepulcral.

Hubo unos breves segundos donde él fijaba su mirada en mí con una seriedad intimidante. Yo deseaba que me tragara la tierra en ese momento. ¿Quién me mandaría a mi hacerme la graciosa delante de un mafioso ruso con semejante semblante?

Al poco, su seriedad saltó por los aires entre estruendosas carcajadas. Apenas pudo contener las lágrimas entre carcajadas. La gente de alrededor lo podía escuchar reír perfectamente, aunque nadie tuvo el valor de volverse a mirarlo.

—¡Me encanta esta muchacha! —exclamó— Bien, bien, pues cuento contigo.

Respiré aliviada y reí con él. Había pasado bastante miedo, aunque también pude ver su lado humano. A pesar de su apariencia, parecía un hombre muy amable. Pero cuidado, norma numero uno: *Las apariencias engañan* y norma número dos: *Teme la ira del hombre calmado*.

—Toma, pequeña, la “prima” del contrato —añadió.

Llevó la mano a su abultada cartera y sacó tal fajo de billetes, que llegué a pensar que estaba sacando una libreta pequeña. No había visto tal cantidad de dinero en todos mis años de vida. Seiscientos cincuenta euros en efectivo, en billetes de veinte y cincuenta. ¿Qué iba a hacer una cría de trece años con tal cantidad de dinero? Pues ni más ni menos que ponerse hasta el culo de todo lo que pilló durante aproximadamente tres días. ¿O igual fueron más? Sólo Dios lo sabe ahora.

—Empezó usted pronto —comentó— Con trece años, ¿de dónde obtenía el alcohol y el tabaco?

Por el tono de su pregunta supe que no se estaba quedando conmigo, aunque no me resultó por ello menos sorprendente.

—¿Vives en este mundo, Alberto? —pregunté con cierto retintín— *En cualquier chino. Les sale más rentable vender y pagar la multa que no hacerlo*

Reí. Se le veía muy nuevo e inexperto. Parecía un muchacho de mamá recién sacado de la fábrica de hacer polis. Tenía el corte clásico de policía novato: Pelo negro, perfectamente recortado, flequillo engominado y levantado. Uniforme planchado, aunque no demasiado bien. Probablemente viva solo. No mucho mayor que yo, en general, aunque aparente más.

—¿Y cómo gestionó su escolarización con su ritmo de vida y su “trabajo”?

Volví a reír. Mi ritmo de vida aún no era ni la mitad de lo que lo acabó siendo cuando estuve siendo mensajera para Noél. Durante ese tiempo me compré una bicicleta de segunda mano que aparcaba en casa de Raiv. Así podía hacer más encargos, y conseguir más dinero aún. Eso sí, que fuera joven no me convertía en estúpida. El dinero lo guardaba en su casa y ocasionalmente le invitaba a cigarros y alcohol.

Mi ritmo de vida giraba entre dormir en clase o faltar, emborracharme y fumar hasta la saciedad y repetir a la semana siguiente. Durante esa etapa de mi vida estaba en la cumbre. Tenía todo lo que podía soñar. Dinero, popularidad, amigos... Hasta que todo se fue a la mierda.

–2010, ¿verdad? – Sus ojos vagaban entre los papeles, buscando alguno con aquella fecha. Yo, por mi parte, jamás pude olvidar aquel año.

–Sí, paleta –le señalé con desaire uno de sus miles de papeles– Hasta ese maldito año.

Alberto, casi trastabillando, lo cogió y revisó por encima. Un informe médico del Hospital de las Arenas, a día 27 de febrero del maldito año 2010. Apenas levantó sus ojos negros del folio y topó con los míos, entendió bien porque todo se fue a la mierda. Con un respetuoso gesto de cabeza, apartó el papel y prosiguió con el interrogatorio.

–Y después, cuando se recuperó, ¿Qué ocurrió? – Su tono de voz había cambiado mucho. Casi hubiera dicho que le di lástima, aunque tardó poco en volver a su seriedad.

Creo que lo que más me sorprendió, aunque él no se diera cuenta, es como evitó ese tema. Él sabía que era algo importante, pero prefirió no preguntar. Se lo agradecí, la verdad. Jamás se acaba de superar algo así.

–Pues creo que, por aquella época, me la pasé hasta el culo de drogas – Y sí, justo ahí fue cuando volvió a la cara seria.

Paseaba por las calles de la ciudad como cada noche. Antes solía darme miedo. Mi madre solía contarme lo que les pasaba a las chicas como yo a esas horas. Secuestradores, asesinos, matones, yonkis, violentos y borrachos. ¿Quién me iba a decir a mí, que no solo todo era verdad, sino que acabarían siendo mis mejores amigos? Aprendí por donde andar, que zonas evitar. Quién era de fiar, quien mejor evitar. Donde estaba la policía, donde había redadas, como evitarlas.

- ¿Evitar redadas? ¿Cómo? – Inquirió sorprendido.

Su inocencia me despertaba hasta ternura. Su mirada reflejaba pureza, creo que no era consciente de que no éramos lo peor que pululaba por las calles. Hasta tenía ese brillo en los ojos, esperanzado porque no fuera real.

- Ay, querido - Le respondí en tono sarcástico – En las calles pillabais lo que os dejábamos pillar. Si no os damos migajas os poneis muy pesados, y eso es malo para el negocio.

Preferí seguir hablando mientras él terminaba de encajar ese hecho.

Encontraba bastante divertido el mundo de la noche. Todo era muy distinto. La gente se desinhibía y mostraba sus verdaderos “Yos”. Podías ver a un respetable banquero metiendo la cabeza en las tetas de una puta junto a un muerto de hambre que había vendido una muela de oro para hacer exactamente lo mismo. Las fachadas que meticulosamente se crean durante años, se derrumban por el precio correcto o con el aliño correcto en la copa. Supongo que aprendí de lo que veía, y en cierto aspecto, aprendí a amarlo. Nox, por su lado, era un gran jefe. Puntual en pagos, protector con los suyos, y hasta preocupado en que no fuéramos unos capullos como los que acababan con sus huesos en la cárcel.

- ¿“Fuéramos”? – Alberto comenzó a revisar libretas y hojas.

Me recliné sobre la mesa apagando el cigarro sobre el cenicero. Eso sí que había divertido a la “Alejandra Mala” dentro de mí.

- ¿Creíais en serio que yo era la única repartidora, cielo? – Carcajeé en su cara. –No tienes ni idea. Jony siempre nos decía “Gorriones”. Éramos su flota de repartidores a domicilio de miles de paquetes. Desde materiales para drogas de diseño hasta transacciones de dinero o armas. –

Alberto me miraba atónito. Yo proseguí con mi pequeño show de humor.

- Éramos “Deliveroo” antes que existiera. Tendríamos que haber patentado la idea de una flota de muertos de hambre y drogadictos pedaleando por la ciudad. Tampoco sería muy distinta, realmente.

- Sí, velada crítica a la sociedad de parte de una delincuente. – Espetó con algo de desprecio. - ¿Has mencionado a Jhony? ¿Jony “Porros”?

Reí a carcajadas. Era verdad lo que decían: Los polis no se habían dado cuenta de que Jhony “Porros” suena a “Yo ni porros”. Yo siempre había pensado que era una vacilada suya. Supongo que mi camello de confianza entendía lo que se hacía. Los idiotas nunca llegan lejos. Alberto, entre mis carcajadas, sacó una foto de un sobre, a parte del Dossier del principio. Ahí estaba Jhony, tumbado sobre una camilla de metal. Cómo si estuviera dormido. Su cara y hombros estaban llenos de marcas de golpes.

Hacía mucho que pensaba en la muerte. Me acompañaba allá donde fuera desde que comencé mis andanzas nocturnas. Para mí, no era más que un trámite, algo que nos llega a todos y nos quita absolutamente todo lo que amamos. Eso que tanto nos ha costado defender, desaparece en cuestión de instantes. Ahora está, ahora no. Lo que más miedo me dio del asunto de Jhony, era quien iba a querer matarlo. Estaba claro que ellos no habían sido, no era el *modus operandi* de la policía. Eso me dio miedo, pero no era el momento de pensarlo.

- Lo encontramos así en su casa. – Comenzó. – Creemos que, durante las redadas, otras bandas se os echaron al cuello. –

- No valéis una mierda como investigadores. – Añadí, buscando el encendedor. – Jhony no era “de los nuestros”. Era un amigo de confianza, y en este mundillo, eso vale más que “ser” de nada o tener un blasón. –

Y así era. El famoso honor entre ladrones era algo que primaba por encima de cualquier otra cosa. *"Ladrones, pero honrados"* como se solía decir. Jhony Porros era el máximo ejemplo de eso. Era capaz de devolverte el dinero si no te gustaba lo que vendía. La excepción a la normal de que los camellos te venderían peregil por marihuana si te ven más cara de primo de la cuenta. Era el camello más inteligente de la ciudad, un fuera de serie.

Recuerdo que estaba haciendo su TFM de Psicología sobre los efectos de la cocaína en Psicópatas y Sociópatas. Muy empírico él, desde luego. Recuerdo también, que cuando le conocí, fue como una coincidencia cósmica. Estaba buscando algo de hierba con mi novio Raiv, cuando nos encontramos al camello más cliché que podíamos encontrar. Pensamos: *"Estamos de suerte, ese nos vende fijo"*.

Sorprendentemente, al preguntarle si nos vendía algo de droga, nos dio un "intento" de rapapolvo sobre los menores y la formación de nuestra psique con el efecto de las drogas. Digo intento, porque, aunque su intención era buena, iba tan colocado, que mientras nos lo explicaba, se lió uno y nos lo pasó.

- Alejandra, se desvía del tema. Sobre "Los Gorriones" ... – Inquirió.

Le miré fijamente golpeando la mesa mandándole callar. Me miró y se congeló en seco, sorprendido, pero esperando a que yo hablase. Se retiraba lentamente, conforme más me inclinaba sobre el metal de la mesa. Quería gritarle, llamarle cerdo, amenazarle. Pero todo lo que salió de mi boca fue:

- Cerdo hijo de puta, déjame dedicarle unos últimos recuerdos alegres a mi amigo muerto. –

Pude notar como comenzó a temblar, y pego un largo sorbo a su vaso de agua. Después de unos minutos de silencio, y vaciar su vaso, proseguí.

"Los Gorriones" era un grupúsculo dentro de *"Los Zorros"*. Nos dedicábamos sobre todo a la parte, digamos, logística. Transporte de mercancía en las mismas narices de la policía. ¿Quién iba a sospechar de una niña en bicicleta dando vueltas por la noche? Recuerdo muy bien el último encargo que hice. Fue la primera vez que llegué a pensar en que podía morir. Los niños están rodeados de un aura de felicidad porque desconocen su propia mortalidad. Creen que son inmortales, y se aventuran a más, y son más felices aún dentro de su ignorancia. Cuando aprendes que no eres intocable, oficialmente, pasas a ser adulto.

- ¡Oh! Alejandra, me alegra verte. – Vociferó Noel con un inexistente acento español.

Noel siempre nos recibía como si llevara años sin vernos. Supongo que en un oficio donde ves muerte tan de seguido, es normal apreciar la bella cotidianidad de un reencuentro.

- Hola, viejo chocho, ¿Qué tal la noche? – Le saludé con un fuerte apretón de manos, había confianza, y el ambiente solía ser afable por lo general.

El paquete de la noche iba a ser fácil. Apenas dos kilómetros por el casco urbano hasta un descampado cerca de la autovía. Nada que no pudiera hacer en cuestión de media hora o así. El paquete no pesaba demasiado, era como un pequeño ladrillo cubierto con un par de bolsas de basura y muchísima cinta adhesiva. Seguí el proceso de siempre: equiparme y escuchar datos importantes.

- ¿Se sabe nombre del destinatario? – Pregunté.

Por cuestiones de seguridad, llevaba las típicas protecciones de *skate*. Rodilleras, coderas y muñequeras. Mis guantes, bueno, eran especiales. Les guardé, bajo unos plásticos que sobresalían como garras de animal, uno hierros afilados como cuchillas a modo de defensa personal. Los llamábamos *"Caricias"*. No era algo que soliéramos usar, pero nunca estaba de más una capa extra de seguridad.

- No, esta vez el cliente prefiere anonimato. Eso sí, ha pedido que seas tú, Alejandra. – Dijo. En ese año y medio, me había dado lugar más que de sobra a conocerle, y su voz sonaba preocupada.

- Bueno – Dije sin darle mayor importancia – Supongo que no se puede ser tan buena, y no ganarme fama – Reí. Sabía que Noel había notado la preocupación en mi voz, por más que me esforcé en ocultarlo.

Venga, Alejandra, era un envío más, ¿Qué podía salir mal?

La ciudad ya estaba cerrando los ojos. Era bastante tarde, los borrachos ya empezaban a irse a dormir a sus cajeros, pero ahí estaba yo. Pedaleé durante un buen rato, evitando algún que otro patrullero nocturno que vagaba por las calles. ¿El truco para que no te pillen? A esas horas, solo buscan a los escandalosos. Una Cenicienta apurada porque le ha caído la noche, no es algo importante. *Jah*.

Llegué a destino. Un descampado cinco minutos tras el borde de la ciudad, pasada la autovía. Se veía bastante poco salvo por lo que iluminaban las farolas de la carretera. Busqué una piedra grande donde sentarme, y esperé. En noches como esas, la música era lo único que me hacía mantener la compostura, como si fuera un hilo que me atara al mundo. Al poco mi espera fue interrumpida por unos faros muy brillantes.

Un vehículo se acercaba por el camino de tierra. Por el crujir de la grava, parecía un todoterreno de alta gama. Poco a poco paró, y de él salieron tres hombres grandes, tatuados, y visiblemente armados. Al verlos, supe que algo iba terriblemente mal.

- ¡Oh! ¿Pero que tenemos aquí? – Carcajeó uno de ellos – Una pequeñaja se ha extraviado. -

Todas mis alarmas se encendieron. Mis músculos se tensaron hasta límites dolorosos y comencé a retroceder lentamente. No podía articular palabra. *Otra vez no.* Mi cuerpo entero se bloqueó. Intenté huir en dirección contraria, pero uno de ellos avanzó varias zancadas hacia mí y me agarró con firmeza. Eran más altos y más fuertes que yo. Estaba perdida, *me volví a sentir débil.*

Como si de una muñeca se tratase, me pusieron contra el capó y rompieron mi camiseta. Pataleé, grite, intente morderle, golpearle, intenté usar mis guantes; hasta que, finalmente, comencé a llorar. Uno de ellos me agarró las muñecas, otro me bajó la parte inferior de la ropa y el tercero, aprovechó y registró mi mochila en busca de algo de valor.

Pude notar como entró, haciéndome convulsionar de puro dolor. Mi cuerpo no estaba preparado para semejante brutalidad, y se quería resquebrajar. Quise oponerme, intentando apretar con todas mis fuerzas, pero tenía muchísima más que yo. Noté como entraba hasta sitios de mí que en aquel momento aún quedaban intactos, y los destrozaba en cuestión de instantes. Me clavó las uñas en la espalda, apretando con tanta fuerza que pude oír como crujían mis huesos. Gemí de dolor y me dejé caer más aún contra el capó. Quería morir, quería que todo acabara. *Fue en ese momento, que me rendí.* Dejé de pelear y simplemente me limité a murmurar, casi inaudible, que, por favor, parara. Me sentía más débil, e indefensa aún. Sabía que nadie me iba a encontrar. Dolía, y un olor a hierro inundó el ambiente.

- ¡Tíos, tíos, tíos! - Vociferó el que tenía mi mochila. – Que la cría tiene nuestro paquete.

Casi de inmediato, me soltaron y caí al suelo, a plomo, como una muñeca rota.

- ¡Joder, joder, joder! ¿No será ésta la mensajera? – Gritó el que me tenía sujeta.

- Joder, la hemos jodido, pero bien. – Dijo temblando. - ¿Quién cojones manda una cría a repartir drogas?

Empezaron, nerviosos, a gritarse entre ellos mientras subían al coche y huían marcha atrás por el camino de tierra. Permanecí ahí, tirada en la oscuridad, llorando, empapada y convulsionando. Al poco me arrastré hasta la piedra donde estaba sentada y me volví a poner la ropa, ahora, cubierta en sangre. Poco después, volví a llorar. Vomité. Temblé. Volví a llorar. Ese día se reabrieron viejas heridas y surgieron otras nuevas.

Una parte de mí, odiaba haber sobrevivido.

La cara de Alberto era una mezcla de emociones. Me miraba fijamente, con ojos llorosos, casi sin poder hablar. Yo, por mi lado, bebí hasta el fondo lo que me quedaba de vodka en el vaso. Los segundos de silencio le hicieron reaccionar.

- *¿No te reconocieron?* – preguntó extrañado – *Esperaban a una chica y allí estabas.* –

Negué lentamente con la cabeza.

- En negocios adultos, ¿Quién espera a una niña de catorce años? – Pude ver perfectamente su expresión se descomponía al darse cuenta de la horrible realidad. Aunque actuara como una adulta, no era más que una niña pequeña. – Yo era el caramelito que les iba a amenizar la espera. -
- *Eh... Siento escuchar eso, de verdad. No tenía constancia de esto.* – Masculló. Su voz sonaba tan débil, dulce, como si él quisiera llorar conmigo.

Mantuve el silencio. Rellené el vaso con tranquilidad, esperando a que sacara otro tema. Habían pasado casi siete años y aún me daban ganas de llorar. Hay heridas que jamás cierran, ¿no?

- *La denuncia nunca fue procesada. ¿Qué fue de tus agresores, Alejandra?* - Hizo ademán de comenzar a escribir, casi como si fuera a tomarme declaración. ¿Quería actuar el de oficio? Que tierno.

Le clavé la mirada. Sabía que no lo dijo con mala intención. De verdad lo sabía. De hecho, me pareció muy loable por su parte que pensara que él podría ayudarme. Pero algo en mí quiso marcar territorio, mostrar músculo, mostrar que ya no era débil, ya no. Sonreí. Saqué de dentro de mi camiseta un colgante hecho de decenas de casquillos de balas y pude ver como su cara cambiaba a una suerte de mueca a medio camino entre miedo y sorpresa. Empecé a jugar con él, pasando los casquillos de un dedo a otro ágilmente, hasta que tres quedaron en mi mano.

- Ni más ni menos que aquí, agente. – Sonreí más aún.
- *¿Los...? ¿Los asesinó?* – Preguntó.

Me volví a dejar caer sobre el asiento y empecé a desenroscar el tapón de la botella.

- No, aún no había matado a nadie. Noél hizo que los encontraran y los destrozó él mismo. – Expliqué.

Las balas fueron un recuerdo conmemorativo, un mensaje para mí, mostrándome que estoy a salvo con él. Con mi familia.

- *Esto fue alrededor de 2011, ¿verdad?* –
- Sí, y se bien por donde vas. – Reí mientras rellenaba mi vaso de nuevo. Mis ojos se fueron a posar en una foto de un cadáver. Un hombre de pelo canoso tumbado en una camilla de metal de morgue con una, más que obvia, marca de bala en la frente.

Señalé la foto y dije:

- Pedro Santiago Macías. – Mi seriedad le cogió completamente desprevenido.

Alberto se sobresaltó y cogió rápidamente la foto. Le dio la vuelta y comenzó a leer el informe detrás de ella. Pocos segundos después, bajando lentamente la foto hasta ponerla en la mesa, y con esa misma lentitud, alzó su mirada hasta encontrar la mía.

- Mi padre. Mi primera cacería. – Una leve mueca, mitad sonrisa mitad rencor, se esbozó en mi rostro.

Mis recuerdos de aquellas semanas siguientes son muy confusos. Recuerdo fragmentos sueltos, algunos hasta inconexos. Recuerdo ver a Noél venir con el coche a buscarme. Me encontró allí, cubierta de sangre y semi desnuda sentada junto a una roca en el camino. Recuerdo también estar en el asiento de atrás de su coche, tumbada abrazando mis rodillas, mientras él le gritaba a alguien por teléfono. Recuerdo llegar al piso donde nos reuníamos siempre y que hubiera mucha gente, mucha más gente de la que solía. Recuerdo como Sergio me llevaba en volandas al dormitorio, y como se sentó a acariciarme la cabeza mientras yo lloraba.

- Tranquila, pequeña, el gran oso ruso los va a machacar por ti. – Murmuraba. No recuerdo colores, ni sombras, pero si su mano en mi pelo. Con dulzura y cuidado.

Yo me acurruqué cerca de él y, en posición fetal, le abracé. Recuerdo despertarme a ratos y escuchar golpes. Escuchaba, de vez en cuando, mi nombre, y alguna que otra cara amiga se acercaba a la habitación a ver que tal estaba. Todo estaba muy confuso. No recuerdo cuantos días estuve ahí, mientras Sergio me cuidaba. Me traían tabaco, me hacían compañía mientras bebía, me proponían planes, me traían regalos... Me trataron como la princesa de la familia. La niña mimada y colmada a atenciones.

-
- *Perdón por interrumpir, pero, ¿Quién es Sergio?* – Inquirió Alberto buscando y revolviendo sus anotaciones.
 - Supongo que vosotros lo conoceríais como “*Seth*”. Nuestro sicario y mano derecha de Noël. –

Sacó un cartel de “Se busca” a nombre de “*Seth*” y lo puso en una esquina de la mesa. En él parecía un retrato robot y los cargos. Asesinato múltiple, robos, asaltos armados y un larguísimo etcétera.

- Por si te vale de algo, no se parece en nada a ese retrato –
-

A los días, Noël regresó con un regalo para mí. Un collar con tres casquillos de bala. Me lo puso con delicadeza, moviendo mi melena hacia un lado con la suavidad de un padre. En ese momento, me abrazó y pude escuchar como lloraba, pidiéndome disculpas por no haberme podido proteger de esos desalmados.

- Nox – Dije. – No te culpes por nada de esto. Este trabajo tiene sus riesgos y yo los asumí. Gracias a ti y a todos vosotros por ser lo más parecido que tengo a una familia de verdad. –

Yo no terminaba de creerlo, pero parece ser que esas fueron mis primeras palabras desde que me encontraron. Nox y los demás me miraron con orgullo, me abrazaron y montaron una pequeña fiesta por mi valentía y por un asunto zanjado de una vez por todas. Durante esa noche, quise hablar con él. Era hora de un ascenso.

- Nox, quiero dejar los Gorrones – Dije de repente. Casi se ahoga con el hielo de su cubata.
- Alejandra... – Titubeó – ... Lo entiendo. Ha sido grandioso tenerte, pero has tenido malas experiencias de sobra para toda una vida. -

Negué con la cabeza. La gente empezó a arremolinarse con curiosidad a nuestro alrededor.

- Quiero unirme a *Los Zorros* –

Sergio paró la música, mientras todos me miraban fijamente, estupefactos. Noël no. Él estaba ahí, con la impasibilidad de un don, mirándome a los ojos. Al poco, negó con la cabeza:

- Así no, pequeña. Así no es como se hace. No sin saber defenderte. – Dijo. – Aunque eso tiene fácil solución. -

Estuve en un duro entrenamiento durante las siguientes semanas. Sergio me enseñó a defenderme en pelea, Noël, a usar un arma y cómo funcionaba “El Gremio”, si me entendéis. Durante esas semanas tuve pesadillas casi cada noche. Pesadillas donde soñaba con los hijos de puta que me violaron. Sobre mi padre. Sobre las caras de mis amigos, decepcionados por ser tan débil. En todas ellas, yo era demasiado débil para defenderme, y siempre se salían con la suya. Mi obsesión: Jamás volvería a sentirme débil.

Algo muy interesante que me mostró Noël, es que no todo es como la gente creé. La mayoría de películas muestran a grupos de gilipollas pegarse tiros entre ellos en plena noche. Por el contrario, todo es más bien un juego constante de influencias. Algo más sobre sutileza, control y territorio. Esconder un cadáver es poco rentable y, con la tecnología, cada vez más difícil. Hay formas mejores de asegurar el éxito de una tarea y entre ellas, está encargarse de la gente correcta, de la forma correcta y, elegir a quien quitar de en medio, como y cuando.

- Bien pequeña, hoy vas a tener tu primera tarea como una “*Zorro*” de pleno derecho. – Dijo - ¿Lista?

Mi confianza en mí misma no estaba ni remotamente lejos de volver a ser lo que fue, pero sí mi fachada. La coraza que defendía a la niña que lloraba desconsolada del duro y destructivo mundo exterior.

- Nací lista, viejo – Dije con mis mejores pretensiones de grandeza.

Noél dejó sobre la mesa un sobre con distintos papeles. De entre ellos, resbaló una foto hasta la mesa. Mi corazón se saltó un latido.

- Nox, éste es... -

Me interrumpió.

- Se que llevas queriendo ponerle las manos encima desde aquel día. Está atentando contra mis intereses, y no podemos permitirnos más problemas con él. – Dijo sonriendo. -Pensé que querrías encargarte tú misma, como prueba de coraje.

Mi mirada se llenó de ira y determinación. Era hora de ajustar las cuentas con mi padre, de una vez y para siempre.

El encargo era simple. Liquidación. ¿Oficialmente? Sabía demasiado y sabemos que tenía tratos con un grupo rival. Desde que mamá lo echó de casa, se alojaba en una pensión de segunda en el centro de la ciudad, junto a una iglesia, donde iba a rezar todos los días. “*A dios rezando y con el mazo dando*” ¿no, papá?

Su rutina diaria era simple. Solo tenía que seguirlo un poco, acostumbrarme a sus horas. La parte más difícil de este trabajo es encontrarlo, conocerlo, entenderlo para tener cada parámetro de la ecuación. Cálculos de asesinato. Puede llevar días conocer bien a tu víctima, semanas... En este caso, todo eso ya estaba hecho de casa.

Su rutina diaria era sorprendentemente básica:

10:15 Arriba. Suena su alarma.

11:00 Después de meneársela junto a la ventana, baja al bar a desayunar. No ha cambiado nada.

12:10 Va a pedir subvenciones a las sedes del gobierno. Tiene dos, además de su pensión.

13:15 Va al bar de al lado de su hostel a beber vino. Solo le aceptan por la cantidad de dinero que gasta.

14:10 Ya borracho, pide de comer y va a acosar a la camarera de la cafetería de en frente, previo espiarla desde la tasca

18:15 Al club de Jhonas. Casi todas las chicas se niegan a atenderle. Jhonas me da pase VIP a las cámaras.

19:35 Baja de las habitaciones. Empieza a beber de nuevo.

21:52 Vuelve a su habitación.

¿El mejor momento? Cuando vuelve a su habitación. Todo se basa en la preparación. Llegué una hora antes y empecé, con el mayor silencio que podía, a desorganizar todo. Rompí vasos de cristal en toallas para luego esparcir los trozos, tal y como me enseñaron

“Enmascara tus pasos inteligentes con descuidos bien ubicados”

Lo siguiente fue esperar. Apagué las luces y esperé sentada hasta que escuché el rascar de la llave contra los bordes de la cerradura. En ese momento podía escuchar perfectamente el latir de mi corazón. No sabía si estaría a la altura, o siquiera si tendría la sangre fría de dispararle. Entró dando tumbos por la puerta, borracho como una cuba, hasta dar con el interruptor de luz junto a la puerta. En el momento en el que las luces se encendieron, su mirada topó con la mía, y él se congeló.

- ¿Qué haces aquí, chica? – Preguntó.

Su cara me seguía provocando un asco atroz. Puede que ya fuera mayor, y desvariara, pero la cara de mala persona parecía perenne. Su pelo repeinado hacia atrás, claramente tintado, sus gafas de pasta y su traje caro, solo tapaban el monstruo depravado que yacía debajo.

- Ya hace un año que no nos vemos, ¿Eh? – Respondí en un tono neutro. Mi voz le hizo sobresaltarse.

- ¿Qué quieres de mí? No te voy a dar ni un duro, drogadicta de mierda... – No le dejé seguir con su intento de sermón. Le encañoné con la pistola que me dio Noel para el trabajo. Número de serie limado. Estriado cambiado. Lista para disparar y olvidar.

Pude ver como su cara cambiaba a una mueca de terror, curiosamente placentera para mí. Era mi hora de hacerle unas preguntas. Tragué saliva durante, lo que a mí me parecieron horas, recopilando todo el valor que pude. Intenté mantener la calma, pero mis emociones fluyeron como un torrente.

- ¿POR QUÉ? – Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

Levantó las manos sorprendido, yo evité en todo lo posible acercarme a él. En pelea directa, yo no tenía demasiadas oportunidades. Sergio me enseñó que, con un arma, lo mejor es mantener la distancia, así que eso hice.

- ¿Por qué qué? ¡Yo no he hecho nada! - Su voz se rompía, y eso me gustaba mucho.

- ¿¡POR QUÉ ME VIOLASTE?! – Le grite apretando más aún la empuñadura del arma.

Una parte de mí quería dispararle en ese mismo momentos. Otra, quería respuestas, calmar semanas mirando al techo del cuarto preguntándome *“Por qué”*. Y una, más escondida, quería volarse la tapa de los sesos y acabar con todo. Siempre me alegra que esa tercera nunca ganase, aunque tiemblo de pensar en que algún día lo hará. Él temblaba y mascullaba en voz baja ininteligiblemente, aterrorizado. Necesitaba saber porque tuve que vivir la vida de una chica cuyo padre mandó al hospital tras darle una paliza y abusar de ella.

Me acerqué a él y amenazando con golpearle con la culata de la pistola. El chilló en voz baja y se dejó caer al suelo. Vi, como entre temblores, se meaba encima del miedo. En ese momento exacto, llegué a sentir pena por él, aunque ésta, duró muy muy poco;

- Venías borracha. Lo venías pidiendo con esas ropas que te pones – Dijo entre sollozos – Yo no tengo la culpa. – Volvió a romper a llorar.

Mi cuerpo temblaba, casi convulsionaba del collage de emociones que fluía como fuego por mis venas. Me comenzó un tic en el ojo derecho y mi semblante cambió a algo parecido más a un shock, que a sorpresa, o miedo. Mi cabeza solo daba vuelta a una frase: *“Yo no tengo la culpa”*. Avancé lentamente, acercándome mientras el retrocedía contra la pared. A cada paso, el retrocedía. Paso, y el reptaba. Paso, y el suplicaba. Paso, e intentaba poner obstáculos entre él y yo. Paso, y le encañoné, apuntando directamente a la cabeza. Él me miró a los ojos y, llorando mientras estiraba los brazos hacia mí, dijo:

- No, hija, por favor. -Imploró- Ten piedad. Yo te quiero, no ...-

Ni siquiera le dejé terminar.

Bang.

El aire se hizo pesado durante unos instantes.

Hierro. Pólvora. Polvo. Pelo quemado.

Alivio.

El Devora niños había muerto.

Honestamente, pensé que me iba a resultar más difícil disparar por primera vez a una persona. Vi como trozos de su ahora deformada cabeza volaban, cubriendo, allá donde cayeran, con sangre. Sus ojos, vacíos y sin vida, me miraban fijamente mientras resbalaba por la pared.

El trabajo estaba terminado, solo me quedaba terminar la narrativa. Dejé caer la cartera del soplón que le pasaba información, un tal Paco Jiménez, y me fui en silencio a la planta de arriba antes de que me viesan por allí merodeando. Allí, estaba Sergio esperándome, mi coartada perfecta. Una verdadera lástima haber tenido que dejar el casquillo, me hubiese gustado llevarlo al cuello. Aunque en esta ocasión, si quería que pareciera un trabajo de aficionado, era parte del disfraz.

- ¿Como ha ido, Alex? - Preguntó Sergio ante mi negativa a empezar el tema.
- Bien, supongo. – Dije mirando la pistola- ¿Cómo me debería sentir en estos momentos? -

Sergio se paró unos segundos a pensar en mi pregunta. ¿Que se debería sentir al matar a un hombre? ¿Pena? ¿Fuerza? ¿Conmoción? ¿Felicidad? Creo que nadie tiene una respuesta definitiva para esa pregunta, supongo que cada uno siente lo que siente. Un asesinato no es algo que tomar a la ligera.

- Es normal en gente nueva sentir tristeza, incluso algo de pena- Dijo algo dubitativo. Ni él mismo estaba seguro de su respuesta.
- No siento nada, Sergio. Nada de nada. No encuentro la diferencia entre esto, y el campo de tiro –

Sergio se acercó y me rodeó entre sus brazos con suavidad. Me dio un beso en la cabeza y, acercándose el tabaco, me dijo:

- Hay dos tipos de personas en el mundo, los que no pueden dormir tras matar a alguien, y los que sí. Veremos cuál de ellos eres. Eso es lo que te definirá. - Sentenció.

No era la primera vez que le escuchaba decir esa frase. Esa noche, celebré mi primer gran trabajo. Un buen golpe, una buena noche. Una noche donde dormí como un bebé. La primera noche sin pesadillas desde hacía meses.

Alberto me miraba en silencio, sin saber prácticamente que decir. Miraba aquí, miraba allá, hurgaba sus papeles. Un céntimo por sus pensamientos.

- *Te graduaste de asesina matando a tu propio padre. ¿Sabes la gravedad de eso?* –

Había perdido totalmente el control de la situación. Parecía más afectado por quien era, que por el delito en sí. Le miré, en silencio. Con una ligera sonrisa de orgullo en mi cara. Un compañero suyo entró en la sala, para preguntarle si quería ayuda para mi interrogatorio.

- No pienso hablar con nadie que no sea él. - Vociferé. Ambos se sorprendieron – Tráele un café a mi amigo, que la noche va a ser muy larga.

El otro policía cerró la puerta, mientras Alberto me miraba en silencio. Lentamente, sin quitar su expresión de sorpresa, cogió su silla, y se sentó de nuevo frente a mí. Me analizaba de arriba abajo. Pasaba sus ojos por mi piel, mis facciones, mis heridas y cicatrices.

- No te lo tomes a mal, guapito. Me has caído bien, y te voy a contar todo lo que quieres saber. Y lo que no, también. –

Durante un par de semanas estuve portándome como una buena chica. Volví a pasar por clase, iba a dormir a casa de mi madre e incluso fumaba menos de lo habitual. Había que pasar a un perfil bajo, disimular durante un tiempo y aparentar una vida normal. Durante esas semanas noté algo muy curioso. Los chicos se acercaban más a mí, las chicas casi ni me miraban, y mis antiguos amigos me evitaban completamente. Noté como los profesores ni se molestaban en pedirme explicaciones y me daban por perdida. También, había que reconocerlo, mientras todos parecían alumnos salidos de un catálogo del *Zara*, yo estaba desgarrada, con moretones y cicatrices por el cuerpo y peligrosamente delgada.

- Oye, Alejandra. – Preguntó Cinthia.

Ella siempre fue mi pequeño placer culpable. Una muñequita de porcelana blanca y dulce. Cabello de oro y ojos zafiro. Su inocencia me cegaba. Fue de las pocas personas que aún me seguían tratando como si no hubiera pasado nada. Y eso me encantaba, en cierto aspecto. Ambas sabíamos que estábamos condenadas a estar en esferas distintas de la sociedad, de esa escala invisible que es capaz de crear odio entre iguales.

Me paré a escucharla con curiosidad.

- ¿Es verdad lo que dicen de ti? ... Que te drogas, me refiero. –

Carcajeé tan fuerte que casi se me cae el cigarro.

- Preciosa, es por esto que me gustas tanto. –

La besé, terminé de vestirme y salí de los baños. Ella solía quedarse un rato preguntándose porque seguía cayendo entre mis brazos. Siempre pensé que sería cuestión de opuestos. Ella, hija de policía, férrea defensora del bien y lo correcto. Inocente, pura, y bella. Yo, hija de un criminal, férrea defensora de la libertad y el vicio. Corrompida y deconstruida mil veces.

Estábamos condenadas a ser como los Montesco y los Capuleto.

Tenía muchísimas dudas a la hora de enfrentarme a mi nueva vida. ¿Como disimulas haber matado a una persona? ¿Qué es vida normal para una asesina? Cada vez que veía un coche patrulla mi mente empezaba a acelerarse. ¿Vendrá ese a detenerme? ¿Me habrán descubierto? ¿Me estarán investigando? ¿Por qué me mira tanto? ¿Qué hace mirando así? ¿Por qué hay tantos coches hoy en la calle? Casi no podía dormir, me costaba descansar, o estar relajada. Incluso con sonidos fuertes, mi cabeza empezaba a dibujar la escena. Una voz en la calle, sus ojos de terror mientras apretaba el gatillo. Una puerta se cerraba más fuerte de la cuenta, sesos volaban hacia una pared. Un claxon de un coche, su cuerpo caía inerte, mirándome. Alguien decía mi nombre, escuchaba su voz, pidiendo clemencia.

Como decía el propio Edgar Allan Poe, *"Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer?"* y así, me enfrenté a la siguiente etapa de mi vida.

Una muy oscura.

El humo se aglutinaba en la habitación. Flotando suave, impasible ante mis confesiones. Cosa que no se podía decir de mi interlocutor. Temblaba mirándome, en un cómputo entre sorpresa, tristeza y desprecio. Pero había algo en su mirada. Un sentimiento que odiaba con toda mi alma. Un odio que estaba tan arraigado a mi alma, que arrancarlo, con toda certeza, me mataría.

- Deja de mirarme así. – Dije, mirando el cigarro.

Alberto intentó recomponerse, con una expresión de genuina sorpresa.

- *¿Qué-?*

Di un puñetazo en la mesa, creando un caos de vodka, papeles y ceniza. Ira y odio desatados, retumbando junto a mis grilletes.

- ¡No sientas lástima de mí! ¡No me mires como una niña desvalida! – Grité – ¡Podría matarte ahora mismo! ¡Borrarte esa mirada de cachorrito a base de cristal roto y sangre!

Sacó su arma mientras yo tiraba de mis grilletes, enfurecida. Me apuntó, asustado y preocupado. Pero no borraba esa maldita expresión de su cara. Pasado unos segundos, me dejé caer en la silla, murmurando:

- Acaba el trabajo o guarda eso... -

La música resonaba fuerte en el único lugar donde podía considerarme a salvo. Caía una noche más en el “*White Dog*” mientras se sucedían las copas. Yo miraba nerviosa a los lados, analizando a cada persona que entraba por la puerta. Clientela habitual, me saludaban al pasar. Críos de mi edad, me evitaban la mirada. Camellos y adictos, me preguntaban si quería o si tenía respectivamente. Un martes cualquiera, si no llega a aparece *él*.

Durante unos segundos me congelé. Miré alrededor; nadie mas parecía verle. Miré mi vaso; no parecía saber raro. Miré a la camarera; me guiñó el ojo. Todo un amor, pero no era el momento. Estaba viendo un fantasma. El fantasma de mi padre, entrando por la puerta del local. Con la sabana blanca de la morgue y el disparo en la cabeza. Mirándome, tal y como me miraba cuando le disparé. Con la misma expresión que tenía. Con la misma sangre que cubría el suelo del local. Con el mismo olor a hierro, pólvora y pelo quemado, que invadía el ambiente. Corrí. Corrí tanto como me permitieron las piernas. Me refugié en el baño, gritando como una loca que se alejase, que me dejase. Pero no paraba. Oía la sangre caer al suelo. El disparo retumbaba por el pub. Comenzó a dar golpes en la puerta, como si quisiera echarla abajo, como cuando me escondía de él en mi cuarto cuando era pequeña.

Como, si todo estuviera volviendo a pasar.

Cuando me encontraron estaba en el baño inconsciente, con el maquillaje corrido y la garganta dolorida. Sergio, llamado por la camarera, estaba ahí conmigo. Movía los labios, pero yo no era capaz de entenderlo. Todo me daba vueltas, y mi brazo sangraba. Sangraba mucho. Unos cortes que me acompañarían toda la vida.

- En el hospital dijeron que sufrí un “episodio psicótico” – Dije con cinismo. – Una representación de mi estrés en combinación por las drogas y mis traumas pasados, sumado a la muerte *trágica* de mi papá. –

Alberto me miraba, esta vez, con miedo. Sentía lástima por mí, pero no quería expresarla. Se le veía. Podía olerla. Esta vez, no podía culparle. Pensar en esa época me hace sentir pena de mi misma. Física y mentalmente destrozada.

- *He leído los informes, Alejandra.* – Digo en voz suave, pero serena. Intentaba calmarse, pero no podía esconder su miedo de mí. – *Su estado mental se deterioró mucho en esos años. ¿Cómo le afectó eso?*

Reí y me encogí de hombros. Tras unos segundos de silencio, me encogí de hombros.

- El fantasma de mi padre me perseguía para llevarme con él. Queriendo matarme bajo mi propia mano. – Hice una leve pausa, acariciando mi antebrazo. Sus cicatrices. – Ese bufón me quería llevar por delante. ¿Cómo crees que me afectó, genio?
